

del imperio, ó violase el veto de un tribuno, ó detuviese á un magistrado en el ejercicio de sus funciones; á todo magistrado que degradase las atribuciones de su cargo, y á todo gobernador que por sí y ante sí declarase la guerra, saliese de su provincia con sus tropas, las excitase á la rebelion, las entregase á su enemigo, ó vendiese la libertad á jefes prisioneros. ¡Qué uso tan terrible debian hacer los emperadores de esta ley, que castigó despues no solo los actos sino las palabras!

Contra el robo, la violencia y las concusiones se dieron las leyes *de falso*, *de sicariis*, *de repetundis*, y ocho tribunales permanentes prometieron pronta justicia. Ahora bien, como los jueces de estos tribunales eran todos senadores y fallaban sin apelacion, pasó completamente al senado la administracion de la justicia criminal.

#### Leyes sobre el culto y las costumbres.

No podía Sila olvidar la religion en su restauracion del gobierno aristocrático, y con efecto, aumentó el número de pontífices y de augures de 10 á 15, les devolvió el derecho de completar su colegio por *cooptation*, y mandó buscar oráculos sibilinos para reemplazar con ellos los libros que habian perecido en el incendio del Capitolio, templo que reedificó con gran magnificencia. Finalmente, no obstante su depravacion de costumbres, dió leyes para restablecer la santidad del matrimonio, para contener los abusos del divorcio, los gastos de los festines y de los funerales; pero estos reglamentos no tuvieron fuerza ni duracion, como todas las leyes suntuarias, y hasta su autor los desacreditó con su ejemplo.

#### Abdicacion y muerte de Sila (79-78).

Sila se retiró en cuanto vió concluida su obra, y su abdicacion (78) pareció un desafío á sus enemigos y una osada confianza en su fortuna, confianza poco peligrosa á la verdad, puesto que ocupaban los cargos públicos y el senado hechuras suyas, que habia muchísimos hombres interesados en sostener sus leyes, y que con los 10,000 Cornelios y los

120,000 veteranos establecidos por toda Italia en las colonias militares habria podido rehacer un formidable ejército. Su despedida fué digna de aquel poder insolente que abdicaba y de aquella multitud que se vendia por un *congiam*. El populacho se hastió de carnes, de vinos exquisitos, de manjares refinados, todo ello servido con tal profusion que diariamente arrojaron al Tíber cantidades enormes, que eran las sobras.

Un año mas vivió en su casa de Cúmas, y una horrible enfermedad le llevó al sepulcro. Sus carnes se cayeron podridas y cubiertas de gusanos que engendraban incesantemente. Nada mas exacto que su epitafio, que él mismo escribió y que decia: « Nadie ha hecho jamás mas bien á sus amigos y mas mal á sus enemigos. »

## CAPITULO XX.

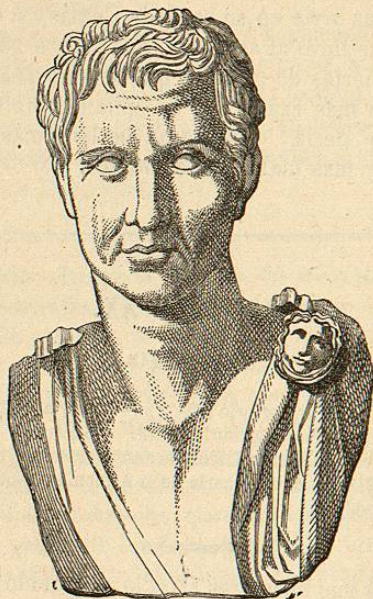
### POMPEYO.

Pompeyo. — Guerra de Sertorio (82-71). — Espartaco (73-71). — Restablecimiento del poderío tribunicio (70). — Guerra de los piratas (67). — Mitrídates contra Roma: Lúculo le arroja al Ponto (73). — Conquista del Ponto (72-71) y de una parte de la Armenia (69-66). — Mando de Pompeyo (66-63).

#### Pompeyo.

Sila legó á sus sucesores el odio al pueblo y á los italianos, los resentimientos del órden ecuestre y cuatro guerras á cual mas peligrosas: ¿quién iba á recoger semejante herencia? El sucesor legal era un senado mutilado por la guerra civil y donde las proscripciones de los dos partidos no habian dejado mas que medianías; pero en cambio habia surgido en medio de la guerra civil un hombre que á veinte años levantaba un ejército y se daba maña para no abandonar su jefatura. Con efecto, Pompeyo fué con sus tropas á donde le mandó el dictador: á la Cisalpina, en auxilio de Metelo, á Sicilia y Africa, y como siempre quedaba

victorioso, se había hecho respetable á los ojos del mismo Sila. Cuando la derrota de Hiarbas, Sila ordenó el licenciamiento de aquel ejército; los soldados se sublevaron, Pompeyo les apaciguó y llegó solo á Roma, confianza que fué su salvacion, pues el dictador salió con todo el pueblo á su encuentro y le saludó con el nombre de Grande. Sin embargo, le negó el triunfo que solicitaba, cuando ni si-



Pompeyo.

quiera pertenecía al senado, y entonces dijo el fogoso manco : « Que viva prevenido, pues el sol saliente tiene mas adoradores que el sol en el ocaso. » Sorprendido el dictador, acabó por acceder, diciendo dos veces : « ¡ Que triunfe, pues! » (81).

Con efecto, Pompeyo ni había ejercido ni pretendía ejercer cargo alguno; pero sí formó empeño en hacer constar su influjo, procurando que diesen el consulado á un prote-

gido, y á pesar de Sila y de los grandes, fué elegido Emilio Lépido, que no disimulaba su odio contra las nuevas leyes (78).

Se puede matar á un hombre, pero no se puede acabar con las ideas y con las necesidades legítimas sino satisfaciéndolas. Lépido habló del restablecimiento del poderío tribunicio, y al punto encontró un partido que Sila había creído ahogar en sangre. Contrareestado en todo su año de empleo por su colega Cátulo, Lépido prosiguió sus designios durante su proconsulado de la Narbonense. Junio Bruto, gobernador de la Cisalpina, se declaró por él, y con la promesa de llamar á los proscriptos, de devolver á los italianos las tierras confiscadas y de anular todos los actos de la dictadura, Lépido reforzó el ejército que traía de la Galia y penetró en el Janículo. Sin embargo, los veteranos, que se vieron con la amenaza de la restitucion, acudieron á Pompeyo, que el senado había asociado á Cátulo, pusieron á Lépido fuera de la ley, y con los tres descabros que sufrió en el puente Milvio, en Etruria y cerca de Cosa, se vió en la precision de refugiarse en Cerdeña, donde murió de pesar, en tanto que Pompeyo perseguía á Bruto en la Cisalpina, tomaba á Módena y mandaba dar muerte á los jefes enemigos que caian en su poder (77).

Aquella guerra hizo que Pompeyo se adhiciese al senado, que le devolvía su ejército, y aceptó el papel de ejecutor testamentario de Sila: despues de haber acabado con Lépido, marchó contra Sertorio.

#### Guerra de Sertorio (82-71).

Quando murieron Mario y Cinna, Sertorio quiso probar fortuna con el levantamiento de las provincias bárbaras de Occidente, que era la última esperanza del partido. En el año 82 se trasladó á España y reunió bastantes voluntarios; pero antes de terminar sus preparativos, el procónsul Anio, lugarteniente de Sila, le obligó á abandonar la península. Entonces embarcó los 4,000 hombres que le quedaban, y por espacio de algunos meses anduvo errante entre las costas de España y Africa, hasta que, cansado de tan precaria

existencia, pensó refugiarse en las *islas Afortunadas* (Canarias), lo que no efectuó porque sus soldados se negaron á seguirle. Debió, pues, resignarse á combatir, y se mezcló en las guerras de un pueblo de Mauritania; y como se difundiera por España el rumor de sus proezas, y los lusitanos, oprimidos por Anio, le solicitaran por caudillo, aceptó y volvió á la Península. En dos combates salió victorioso, primero contra Anio y luego contra el gobernador de la Bética. Sila envió á Metelo para contener el movimiento, sin que el enviado consiguiese de su adversario una batalla general (79), pues Sertorio emprendió una guerra de escaramuzas, que convenia mas á sus soldados y era mas propia del territorio. Metelo, con su numeroso ejército, no poseia nada mas allá del recinto de su campamento. Si ponía cerco á una poblacion, le cortaban los víveres; si atravesaba un desfiladero, detrás de cada peña asomaba un soldado que lanzaba sus dardos y huía despues con la velocidad de sus saetas. Pronto sus fuerzas se resintieron y llamó en su auxilio á Lolio, prócónsul de la Narbonense; pero Sertorio impidió la reunion, y cuando Lolio desembocó de los Pirineos sufrió una derrota tan completa que se escapó casi solo á *Ilerda* (Lérida). Un ataque de Metelo contra *Lacóbriga*, al sur de la Lusitania, llamó á Sertorio, que introdujo un socorro en la plaza, sorprendió á uno de sus capitanes, y despues de haberle obligado á levantar el sitio, le expulsó de la Lusitania.

No obstante la presencia de aquel formidable ejército, quien real y verdaderamente mandaba en España era Sertorio: él orillaba las contiendas entre los pueblos y los particulares, levantaba tropas, ejercitaba á los indígenas en la táctica de los romanos y se aplicaba principalmente á grangearse sus simpatías, para lo cual les habia hecho creer que se hallaba en relacion con los dioses y que le servia de mediadora una cierva blanca que le seguía siempre por todas partes. Cuando recibía en secreto alguna noticia, la cierva se acercaba á su oído<sup>1</sup> y le comunicaba el misterioso

1. « Por estar acostumbrada á encontrar allí alguna cosa de comer, »

mensaje, que luego repetía él en alta voz, y, naturalmente, se confirmaba. No necesitaba mas ingenio para engañar á aquellos pueblos primitivos. Verdad es que tambien imponía respeto por la severidad de sus costumbres y porque no toleraba ninguna licencia á sus soldados. La derrota de Lépido le valió un importante socorro (77). Perpena, lugarteniente del prócónsul, se trasladó á España con fuerzas considerables y muchos romanos distinguidos, con los cuales formó Sertorio un senado de 300 miembros, y á fin de demostrar su afecto á los suyos, no admitió en el senado á ningun español, así como tampoco les daba grado ninguno en sus tropas. Hasta entonces habian podido creer que Sertorio combatía por ellos; pero desde aquel dia comprendieron que lo mismo el partido popular que el de los grandes solo se proponian una cosa: mantener á sus espensas la dominacion de Roma en las provincias.

Gracias á sus últimos triunfos y al aumento de sus fuerzas pudo levantar la Aquitania y la Narbonense, y uno de sus lugartenientes marchó á guardar el paso de los Alpes. El senado se asustó, y no obstante su repugnancia en pedir mas servicios á Pompeyo, como no tenia otras tropas, tuvo que enviarle en socorro de Metelo (76). Pompeyo se abrió una nueva via por los Alpes Peninos para evitar los destacamentos de Sertorio, y las huestes españolas, al verse flanqueadas, se replegaron sobre los Pirineos, abandonando la Narbonense, que pagó muy caro su alzamiento, y luego tambien los Pirineos, que no pudo defender Sertorio, ocupado como lo estaba en el sitio de *Laurona* (Liria), en tierra de Valencia. Pompeyo se prometía forzar sus líneas; pero Sertorio le quitó una legion y luego le cortó los víveres en su campo, derrotó á sus destacamentos, tomó á *Laurona*, y le obligó á pasar el Ebro: tales fueron los resultados de la campaña que se habia anunciado tan pomposamente.

Sin embargo, en la primavera siguiente Hirtuleyo, capitán de Sertorio, fué derrotado cerca de *Itálica* (Sevilla)

dice el historiador Mariana. *Historia de España*, lib. III, cap. XII. (Nota del traductor).

por Metelo, y Pompeyo mató 10,000 hombres á Perpena y á Herenio cerca de Valencia. Ahora se hacia posible a reunion de los dos generales, que Sertorio habia impedido hasta entonces y que aun trató de impedir corriendo á Pompeyo, á quien desbarató en las márgenes del *Sucro* (Júcar), y quizás habria consumado su derrota el dia siguiente si no hubiese aparecido Metelo: « Sin esa vieja, exclamó Sertorio, habria enviado á ese niño á Roma, castigado como se merece. » Se desquitó matándole luego 6,000 hombres cerca de Sagunto; pero tambien por entonces Metelo rechazaba á Perpena, que dejaba 5,000 muertos en el campo de batalla. A las pocas horas emprendió otro ataque contra las líneas de Metelo, que no le salió bien. Hallábase á la sazón el mar infestado de piratas, y Sertorio entró en tratos con ellos para que interceptaran los convoyes que llegaran de Italia por mar, mientras se encargaba él personalmente de impedir que sus adversarios hiciesen víveres en el interior del territorio. En tan extremado apuro, Pompeyo escribió al senado diciendo que si no le mandaban fuerzas se veria en la precision de dejar la España; y entonces el cónsul Lúculo se apresuró á enviarle trigo, dinero y dos legiones; pero tambien recibia su enemigo un poderoso socorro: Mitrídates le prometió 3,000 talentos.

Sabedor de esta alianza con un enemigo de Roma, Metelo puso á precio la cabeza de Sertorio, inútilmente, pues le guardaba el cariño de sus tropas, y preciso fué volver á las batallas. Metelo tomó algunas ciudades que Perpena no supo defender; mas en cambio Sertorio obligó á Pompeyo á levantar el sitio de Palencia, les cortó á entrambos los víveres, les derrotó separadamente y les obligó á que se retirasen, Metelo á la España Ulterior, y Pompeyo á la Galia.

Lo único que se sabe de los años 73 y 72 es que los españoles se mostraron descontentos y Sertorio fué muy cruel en la represion, sin duda porque se hallaba convencido de que le rodeaban los traidores. Mandó degollar ó vender por esclavos á varios hijos de españoles nobles que se educaban

en Osca á la romana; pero en su mismo campamento se armó una conspiracion dirigida por Perpena, y Sertorio fué muerto á puñaladas en un convite (72). Perpena que le reemplazó sin tener sus talentos ni la confianza de sus tropas, no fué afortunado en sus empresas, cayó en manos de Pompeyo, y habiendo ofrecido en rescate de su vida las cartas de los grandes de Roma que aconsejaban á Sertorio su traslacion á Italia, Pompeyo quemó las cartas sin leerlas y mandó que diesen muerte al traidor. Entonces los jefes indígenas, que si se reunieron con Sertorio fué por combatir por su propia causa, se apoderaron de las plazas fuertes y se defendieron un año mas. Pompeyo dirigió solo las últimas operaciones de aquella guerra, y antes de regresar á Italia elevó en la cumbre de los Pirineos un trofeo cuya pomposa inscripcion decia que desde los Alpes hasta el estrecho de Hércules habia tomado 876 ciudades.

#### Espartaco (73-71).

Otra guerra esperaba en Italia al orgulloso general á quien llamaba Craso contra los gladiadores, como Metelo le llamó contra Sertorio. 78 gladiadores escapados de Cápua en donde habia una escuela de ellos, se apoderaron de un punto fortificado naturalmente, y bajo las órdenes del esclavo tracio Espartaco, rechazaron á varias tropas enviadas á combatirles. Asediáronles 3,000 hombres, y entonces bajaron por unos peñascos cortados á pico y envolvieron al enemigo que les abandonó su campamento, triunfo que reforzó á los gladiadores con un crecido número de boyeros y pastores del contorno. No fué mas afortunado otro general: Espartaco desbarató á sus capitanes, se apoderó en varios encuentros de sus lictores y de su caballo de batalla, y viéndose así dueño de sus movimientos, llevó su ejército hácia los Alpes para que cada esclavo se quedase en su tierra. Sin embargo, sus hombres, ávidos de botin y de venganza, se negaron á seguirle y se diseminaron por Italia á cometer rapiñas, y los dos cónsules que envió el senado contra ellos fueron derrotados por Espartaco. Craso, que tenia el mando supremo, presenció la derrota de uno

de sus tenientes; mas, sin embargo, logró encerrar á los gladiadores en la extremidad del Brucio á donde les llevó su jefe para trasladarles á Italia sin que pudiera efectuarlo, porque los piratas engañaron á Espartaco tomando su dinero y no entregándole las embarcaciones que le habian prometido. Al mismo tiempo abria Craso un ancho foso de una costa á otra; y si bien es verdad que Espartaco aprovechó una noche de nieve para cegar su obra no terminada aun y escaparse, tambien lo es que se dividieron los suyos y Craso desbarató algunos cuerpos sueltos. Solo Espartaco parecia invencible, y aquella misma confianza que sus triunfos inspiraban á los gladiadores acabó por perderle, en razon á que le obligaron á dar una batalla decisiva en la que sucumbió despues de haber dado pruebas de un valor héroe (71).

De todo aquel ejército no quedaron mas que algunos restos, los cuales siguiendo, aunque muy tarde, el primer designio de su valeroso jefe, marcharon á los Alpes para diseminarse por Italia. Pompeyo, que volvia de España, los encontró y mató á 5,000 mas de aquellos desdichados. « Craso, escribió al senado, venció á Espartaco, pero yo he arrancado las raices de una guerra que nunca renacerá. » Y siguió á Roma, en donde el pueblo impaciente le esperaba poniendo en las nubes la gloria del héroe invencible. Con efecto, Craso no obtuvo otra cosa que la ovacion, y eso que peleó contra 100,000 enemigos; pero Roma no queria confesar que otra vez mas habia tenido miedo á sus esclavos.

#### Restablecimiento del poderio tribunicio (70).

Mientras Pompeyo vencía en España á los últimos jefes del partido popular, este mismo partido se levantaba en Roma. Lépido fracasó en una tentativa á mano armada (77), y en el año siguiente el tribuno Sicinio, sostenido por César, estuvo á punto de devolver la palabra al tribunado, concesion que hizo el cónsul de 75, y á cuyo beneficio recobraron los tribunos el derecho de arengar al pueblo y de aspirar á los cargos públicos. Inmediatamente sobrevinieron los desórdenes y las quejas, y entonces Pompeyo, apo-

derándose del papel de mediador, escribió á Roma para decir que si no se restablecia el buen acuerdo entre el senado y el pueblo, lo arreglaría él todo á su vuelta. Llegó á fines de 71 y el pueblo acabó de seducirle con sus aplausos. La poblacion en masa salió á recibirle, le dieron el consulado y el triunfo, y como era preciso pagar las ovaciones, se publicó la ley Pompeya apoyada por Craso y César, que devolvió todos sus derechos al tribunado. Luego les tocó la vez á los caballeros que, con no menos ardor que el pueblo el tribunado, reclamaban los juicios: Pompeyo se limitó á dejar á Ciceron el campo libre para que obrase como le pareciera conveniente.

Ciceron se dió á conocer brillantemente en el foro y luego se trasladó á Atenas y á Rodas para aprender entre los griegos el arte de Isócrates y de Platon. Muchos oradores eminentes habia ya visto Roma; pero nunca aquella armoniosa abundancia, aquel brillo, aquella improvisacion inagotable. A treinta años principió su vida pública siendo cuestor en Sicilia y solicitaba la edilidad cuando los sicilianos le confiaron su venganza contra su antiguo pretor Verres, culpable de las mas infames concusiones. Aunque Ciceron era miembro del senado desde su cuestura, pertenecia al orden ecuestre, al que le ligaban sus amistades, sus intereses y sus ideas políticas, y queria restituir á los caballeros los juicios que Cayo les dió para reformar aquel *medius ordo* que mantendria el equilibrio en el Estado. Ahora bien, Verres era senador y decia públicamente que estaba seguro de la impunidad, porque en sus tres años de rapiña habia hecho tres partes, una para su defensor, otra para sus jueces y otra para él. Ciceron le atacó con energía, y Verres amedrentado huyó despues de la primera audiencia abandonando á los sicilianos 45 millones de sextercios; pero hasta en su destierro le persiguió aquella elocuencia vengadora. Ciceron escribió lo que no habia podido decir, trazó el largo cuadro de sus crímenes y acabó como habia comenzado con amenazas contra los nobles. « Roma ha sufrido tu despotismo mientras la fuerza le obligó á ello; pero el dia en que recobró sus derechos el tribunado, tu